Núm. 10.

COMEDIA

EN PROSA

LAS CÁRCELES DE LEMBERG,

EN CINCO ACTOS

PERSONAS

El Rey de Polonia.
El Conde de Novogord.
El Baron de Elvingh.
El Senescal.
El Presidente de Bramann.
Steing. } Diputados del Crímen.
Mayor. }
Brin. Alcalde de las Cárceles.
Carlos Polbieski. Marido de
Emilia de Wertlay.
Secretario del Senescal.
Isabel. } Suplicantes.
Un pobre. }
Un Oficial de la Sala.
Mozo de la cárcel, pages, guardias,
Capitan de ellas.
Un comparsa de lebita.
Comparsas de Usares, de Villanos.
Criados. Director del Hospicio.
Alguaciles y Pueblo.

La Scena se presenta en Lemberg, Capital de la Rusia Polaca.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa del Senescal.

SCENA I.

Conde de Novogord, Isabel, un Pobre y Brin.

Conde. Entrad, buenas gentes, no temais, (*animandolos á entrar,*) ¿Que se os ofrece?

Pobre. Tenemos que presentar una súplica á el Soberano.

Cond. Muy bien; pero ahora está ocupado, y es dificil; en otro momento. . .

Pob. ¡Ah Señor! Se trata de todo: se trata del estado y de la exîstencia.

Isabel. Si perdemos esta ocasion, sabe Dios quando volveremos á encontrarla; dicen que Su Magestad vuelve á marchar.

Cond. Es verdad: pero á penas acaba de llegar desde su residencia á Lemberg, por primera vez, y quando una infinidad de asuntos que ha tomado á su cargo, las ocupaciones que le ocasiona la guerra, que

está ardiendo en los confines le tienen tan agoviado....

Isabel. ¡Ah, si! Es verdad que el viaja por la Polonia, con el fin de socorrer y reparar los males de los infelices: si él es tan bueno..... Tan clemente..... Ayudadnos señor, favorecednos por piedad.... Vos que estais á su lado, todo lo podeis por caridad no nos abandoneis.

Conde. Vuestras instancias excitan mi compasion, y os prometo hacer.... Mas nada os ofrezco, quedaos aquí. Dentro de un momento el Soberano debe pasar por esta sala, veré..... en fin, procuraré presentaros.

Pob. ¡Ah! Nuestro reconocimiento....

Isabel. Nos dais nueva vida.

Conde. Dexáos de eso, y reparad que sale....

Isabel. ¿Quién?

Conde. El Soberano acompañado del Senescal y su séquito: retiraos á aquel lado, y esperad. (*Toma los memoriales y se queda hablando con ellos.*

SCENA II.

El Rey, el Baron de Elvingh, el Senescal, séquito de Caballeros, guardias, y dichos.

Brin. ¡Ay de mi! ¿Aquí el Senescal?... Ahora sí que estoy bien, (*se retira al fondo.*)

Rey. Senescal, quedo agradecido al buen recibimiento, y á los cuidados, que os habeis tomado por mí, hospedándome en vuestra casa; pero os advierto que no quiero cumplimientos y que si se me ofreciese pasar otra vez por esta Ciudad, quiero ser tratado sin ceremonia. Esta propia mañana pasaré á visitar los Hospitales civiles y militares, despues las fortificaciones últimamente construidas, y en seguida comeré con vos. Necesito comunicaros algunas instrucciones.

Senescal. Me confunde el honor que V. M...

Rey. Conde de Novogord, ¿que haceis (*viendo al Conde,*) tan retirado?

Conde. Espero ocasion de presentar á (*acercándose*) V. M. esas pobres gentes, que tienen alguna súplica.

Rey. ¿Son esas? (*señalando á las que tiene el Conde,*) Vengan.

Conde. Aquí las teneis. (*Los acerca, se arrodillan y le entregan al Rey un memorial.*)

Rey. ¡Juan Ermann! (*Toma el memorial y lee.*) ¿Donde está?

Conde. Este es. (*señalando al pobre.*)

Rey. ¿Un pleyto que se está tratando..... (*despues de haber leido baxo,*) Cinco años hace, y aun no está decidido? ¿Como pues?

Pob. Señor, esta es la pura verdad. Hace cinco años que insto por la herencia de mis Padres, la que barbaramente me niega, un cruel é ingrato pariente, se dilata se buscan pretextos, se me lleva de uno en otro Tribunal, de decision en decision, sin decidir jamas nada entre tanto me faltan todos los medios, y me hallo reducido á la mas penosa indigencia, con quatro hijos, que claman incesantemente por pan en la imposibilidad de alimentarlos, y mucho ménos de proseguir el pleyto.

Rey. Senescal, ¿Cómo es esto? no he mandado publicar Leyes que prescriben la decision de las causas, en el término de solo un año?

Senesc. Así es Señor; pero al multitud de asuntos de mayor importancia... Diversos pleytos de per-

sonas de graduacion, que merecen alguna distincion. . . .

Rey. ¿Que distincion de personas ó grado puede haber delante de la imparcial justicia de los Tribunales?... ¿Qué asunto de mayor entidad que este, que decide del estado de una entera y honrada familia? . . . Este exemplar me disgusta, y me da mal agüero para los demas. No, no va bien, para reparar este desórden, os mando hagais observar exâctamente las leyes, relativas á esto, y ordenad que dentro de diez dias se despache la causa de este buen hombre, y para castigar la indolencia, ó la parcialidad, de quien ocasionó tal atraso, que pague de sus bienes, los daños que ha sufrido la parte por tan larga dilacion. ¿Lo habeis entendido? Idos. (*al Pobre.*)

El pobre hace una respetuosa cortesia, despues de la genuflexion, y besarle los pies, y se va.

Rey. Sois vos la Isabel de quien habla este memorial? (*toma el memorial de Isabel lo lee, y dice.*)

Isab. La misma que á vuestros augustos pies. . .

Rey. Levantad, ¿Con que os hallais miserable?

Isab. Si Señor.

Rey. ¿Y sois hija núvil de un Oficial que murió en la guerra?

Isab. Si Señor.

Rey. ¿Como se llamaba vuestro Padre?

Isab. El Capitan Pasann.

Rey. Y la pension que yo paso á las viudas, y á los hijos de los Oficiales difuntos, no os basta para. . .

Isab. Poderoso Señor, jamas he percibido pension alguna.

Rey. ¿Qué decis?

Isab. La verdad.

Rey. Senescal ¿Que significa esto?

Sen. Señor las necesidades del público Erario eran tan urgentes, que creí poder suspender. . . .

Rey. Creisteis muy mal, la primera necesidad, el primer deber es el de satisfacer las deudas que he contraido con mis vasallos, y alimentar los hijos y viudas de aquellos soldados que han sacrificado su propia vida en mi defensa. En adelante guardaos bien de faltar á esta sagrada obligacion, y procurad reparar escrupulosamente lo pasado.... Señora desde hoy se os pagarán las pensiones, y vuestro atraso, á lo que añado de mi bolsillo esta suma, (*le da un bolsillo,*) la que os puede servir de dote para procuraros una honesta colocacion.

Isab. Mi corazon, mas que mis labios, bendice la mano que derrama sobre mí el júbilo y el consuelo, y os expresa mi eterna gratitud. (*parte con muestras de agradecimiento.*)

Rey. Lo veis como muchas veces, de unos asuntos que parecen de poca consecuencia se originan funestos daños? . . . ¿A quantos peligros podia exponer á esa infeliz joven la falta de aquel socorro diario? . . . . . . os lo repito, Senescal, no olvideis un instante, satisfaced mis deudas, que en lo demas pensaré yo. (*toma el memorial de Brin, y le dice.*) ¿De quién es esta última súplica? (*mirándole.*)

Conde. No repare V. M. en la figura del que la presenta, sí, en lo que contiene.

Sen. ¿Este hombre aquí? . . ¿Qué querrá? (*aparte rezeloso.*)

Conde. No pide gracia alguna para sí: otro desdichado, que no puede echarse á vuestros augustos pies, implora por su medio.

Rey. Veamos. »Despues de siete a-

ños de esclavitud entre los turcos, cuyo acaso le tuvo dividido é ignorado á sus parientes y Patria, Carlos Polbieski Mayor del Regimiento del Rey, volvió á poner los pies en este suelo; con suma sorpresa se vió encarcelado sin delito, y tratado como un vil impostor, negándose á conocerle, y no teniendo otro recurso que el amparo de la recta justicia de V. M. suplica se le liberte de estas angustias, y que se le devuelva á su esposa y deudos." (*queda pensativo.*)

Sen. Parece que el corazon me pronosticaba este accidente.

Rey. Senescal, ¿que asunto es este, que no comprendo, si no se me explica?

Sen. Señor me hallo bien informado de ese particular, y si gustais os instruiré, dandoos noticias verdaderas del caso.

Brin. ¡Ah infelice Carlos, de nada te ha servido mi zelo!

Sen. Ya hace siete años que Carlos Polbieski, primo mio, con sentimiento de todos, y particular dolor mio, murió gloriosamente en los campos del Caminiech, peleando contra los enemigos de V. M. traxeron su cadáver con la cabeza separada á Lemberg, y fué legalmente reconocido de todo el Regimiento y de los Tribunales. . . .

Rey. ¿Y bien? . . .

Sen. Sin embargo, de este reconocimiento y de todos los documentos que lo certifican, se ha presentado uno, diciendo que él era Polbieski.

Rey. ¿Es posible?

Sen. Sí, Señor, es un impostor, que se ignora de donde ha salido, y tiene diversa fisonomia de la del difunto Carlos. Este se presentó francamente, quiso darse á conocer por Polbieski, pretendiendo de este modo persuadir á los crédulos á que es el mismo, y lo que mas importa completar el decisivo golpe de despojarme de todo su patrimonio, del qual me hallo en posesion como legítimo heredero.

Rey. ¿Será un loco?

Sen. Es Señor, un pérfido impostor acreedor al mayor castigo. Ya tiene empezada la sumaria, y en breve quedará despachada, segun las leyes.

Rey. ¿Lo habeis entendido buen hombre? (*á Brin.*)

Brin. Sí Señor. . . . (*cortesia respetuosa.*) Ya me discurria yo esto mismo. . . . (*aparte.*) Nada favorable sucederá al pobre Carlos, ínterin este cruel, esté por medio, Dios me libre de sus manos. (*vase.*)

Baron. Señor, la nobleza toda de Lemberg vestida de gala, espera en la antecámara el honor de ser admitida á besaros la mano.

Rey. Me fastidia el ceremonial, y me persuado que el tiempo mas mal empleado en un Soberano, es el que desperdicia en cortejar y ser cortejado. . . Mas es preciso conformarse al uso. Vamos.

Baron. Ya os seguimos.

Rey. A Dios Senescal: no olvideis lo que os he dicho. . . .

Sen. Muy bien Señor. . . . (*Parte el Rey con todo su séquito y el Senescal le acompaña, y vuelve.*) Este accidente acaecido me desagrada, y mas que todo, me pesa que se vaya divulgande, y haya llegado á noticia del Soberano. . . . ¡Ah! . . . El Carcelero ha obrado muy mal, y es la causa. . . . . . Veo cada dia mas patente que el golpe que tengo preparado es indispensable. . . . (*saca el relox.*) ¡Quanto tardan! . . . me prometieron venir. . . . Estos Señores me han favorecido otras veces, y no du-

do que tambien en este lance. . . . (*mirando* ,) alguien viene . . . . . es mi Secretario.

SCENA III.

Secretario y Senescal.

Secretario. Los Diputados del Crímen esperan vuestras órdenes. . . . .

Sen. Los esperaba: que pasen adelante. Entren Vms. (*parte al bastidor.*

SCENA IV.

Presidente, Steing, Mayor y dicho vestidos de negro con toda propiedad.

Steing. Besoos las manos, Señor Senescal.

Mayor. Me ofrezco á vuestras órdenes.

Presidente. Os dedico mi respeto.

Sen. Suplicoos, tomeis asiento. . . . . (*lo hacen* ,) ¿ Que noticias me traeis ?

Steing. Ninguna mas que quedais servido. Aquí teneis un auto auténtico de nuestro Tribunal que contiené la decision del proceso que se ha formado contra el supuesto Carlos Polbieski en el que se declara por impostor.

Sen. Veamos. (*lo toma abre y lee baxo* ,) El auto esta perfectamente estendido; pero veo que falta vuestra firma, Señor Presidente.

Pres. Es verdad.

Sen. ¿ Y por que no la habeis puesto?

Pres. Tengo mis motivos para no ponerla.

Sen. ¿ Pues de que me sirve este documento sin vuestra firma?

Pres. Con las dos que tiene de estos señores basta, no, no es necesario de la tercera para formar decision.

Sen. Pues que, ¿No estais persuadido:::::- . .

Pres. Podria ser.

Sen. ¿ Dudais de que ese supuesto Carlos es solo un impostor?

Pres. Aun no he dicho tal.

Sen. ¿Cómo pues?

Pres. Permitidme hablar claro y sin las trabas del respeto.

Sen. ¿ Decid ?

Pres. ¿No me dixisteis que existian ciertos documentos legales de la muerte de Polbieski ?

Sen. ¿Que mas legalidad que la certificacion de su muerte extractada de los libros de registro de su propio Regimiento ? . . . . Que mayor seguridad que su cabeza separada del cuerpo, y reconocida de todo el Exército ?

Pres. Siendo eso cierto, ese hombre que se anuncia por Polbieski, no puede ser sino un impostor; y una sencilla órden vuestra basta á desterrarle del estado ó imponerle perpetuo silencio; obrar de otra suerte, es dar fé ó suponer falsas noticias de su muerte, dar cuerpo á una sombra, que por si misma se desvanece.

Sen. Comprendo teneis razon, pero el zelo de mi Gobierno . . . . mi delicadez . . . . . es un asunto éste en el que personalmente intereso, y ciertas miras particulares que tengo, requieren que proceda con toda la mayor cautela, y ademas exîgen mayor pena que su destierro. . . . . . Por último, Señor Presidente, me es muy necesario este Auto y vuestra sancion.

Pres. Siento no poder complaceros.

Sen. Vivo persuadido no me hareis tan notable agravio . . . . . os aseguro que mi fina amistad y reconocimiento . . . . . y para daros un leve indicio de mi gratitud, (*se quita un anillo de diamantes* ,) recibid esta pequeña expresion en me-

moria de mi afecto. . . . .

Pres. Os equivocasteis Señor Senescal. (*reusando*,) Yo administro la Justicia, y no la vendo. . . . . . (*con secatura*,) Quedaos con vuestro anillo, que yo me quedaré con mi firma. (*vase.*)

Sen. Tal entereza no la esperaba. . . Espero que vosotros no me desairereis esta fineza, y admitireis. (*les presenta dos sortijas.*)

Steing. ¡Oh Señor Senescal! (*con prontitud y finura*,) Sois demasiado atento . . . . nosotros no merecemos. . . . . Quedad seguro de que en todas ocasiones tendreis pruebas nada equívocas de nuestro zelo en serviros, y de nuestro inalterable afecto.

Mayor. Tenemos á mucho honor el depender de vuestras órdenes.

Steing. Servidor de Vm.

Mayor. Besoos las manos. (*vanse.*)

Sen. Hasta despues. . . . . . A lo ménos estos no se hacen de rogar. El Presidente es un sugeto que empieza á disgustarme: parece inflexîble, mas nada importa: ahora lo que mas conviene es el asunto que forme el argumento de esta carta, de qualquier modo que esté escrita, es suficiente, y sirve á mis proyectos; con ella, no temo, y sé como debo deshacerme de él . . . . pero. . . . . ¡Oh herencia! . . . . Polbieski. . . . . ¡Quántos cuidados y afanes me cuestas! . . . . . ¡Quántos pensamientos, y zozobras!

ACTO SEGUNDO.

Pequeña sala, en casa del Presidente, que comunica á las Cárceles por una puerta rústica con rexas. En las paredes se verán colgados los instrumentos de la Tostura.

SCENA PRIMERA.

Brin, y dos mozos de Justicia.

Brin. Baxad á las Cárceles, y subid al supuesto Polbieski. El Presidente quiere tomarle declaracion. . . . . . (*Parten los mozos por las rexas.*) No se por que causa, á pesar del carácter que obtengo por por hábito, la fisonomía y los modales de este hombre han dispertado en mí una . . . . . una cierta compasion, ó curiosiodad, que me interesa y me habla á favor suyo, casi á fé; alguna vez estoy tentado á dudar de su sér. . . pero no soy yo solo el que padece esta duda. Tambien el Presidente me ha echo nnas preguntas. . . . . El reo llega; ¡Pobre infeliz! ¡Que triste, y abatido está!

SCENA II.

Los dos mozos entran por las verjas conduciendo á Cárlos encadenado, que vendrá pálido, con barba larga, pelo tendido, con un trage grosero.

Car. Dexadme sentar: en el flaco estado en que me hallo, estas escaleras me han privado el aliento . . . (*respira, y reconoce el sitio.*) ¿Adonde me han conducido? (*mira á las paredes.*) ¿Qué se quiere de mí en este sitio? (*algo estremecido.*)

Brin. ¿Buen hombre? . . . . (*le toca el hombro.*)

Car. ¡Ah! . . . ¿Sois vos? . . . ¿Qué nuevas me traeis?

Brin. No muy buenas, amigo.

Car. ¡Ah! ¿Fuisteis á los pies del Monarca?

Brin. Sí.

Car. Y que respuesta tuvisteis?

Brin. Otro respondió por él.

Car. ¿Quién?

Brin. El Senescal

Car. ¿Como?.. ¿Por qué?

Brin. ¿Qué quereis que os diga? el en todas partes se mete y es un movil universal.

Car. ¿Y que puedo esperar?

Brin. Nada.

Car. ¡Oh Dios!

Brin. Habeis caido en malas manos.

Car. ¿Qué quereis decir?

Brin. Si supierais. . . . .

Car. Acabad. . . . . ¿Hay algun nuevo infortunio?

Brin. No lo creo puede que yo me engañe . . . . pero consolaos: enmedio de vuestras desgracias habeis encontrado un protector.

Car. ¿Y quién es?

Brin. El Presidente. Sabed tambien en que del proceso formado contra vuestra persona por órden del Senescal, ha salido poco hace un auto de aquel Tribunal, que os declara por impostot, pero el Presidente no le ha querido firmar.

Car. ¡Justo Cielo!

Brin. Alentad. No tardará mucho en venir. . . . Hablando con él. ¿Quién sabe? . . . Sí, pnede ser . . . . . mas ahora que os veo á la luz del dia fuera de aquellos obscuros calabozos, me parece distingo en vuestro rostro algun pequeño indicio del personage que representais, y vuestra facha en verdad. . . . . Vaya. . . . (*Carlos se levanta con deseo de saber mas.*)

Car. Vuestra fisonomía no me es nueva.

Brin. Sin embargo de ser tan débil y remota la semejanza que teneis con él, que es casi imperceptible á los ojos mas observantes. . . . . . Yo le ví pocos dias ántes que perdiese la vida: era el Oficial mas bien formado de todo el exército, pelo rubio, los ojos vivos, su cara hermosa, y su porte magestuoso, vos estais descolorido, flaco, y con el pelo herizado, de modo que espantais: la nariz afilada, y toda la persona mal compuesta; y si hay alguna cosa en vos que se le parezca, es solo el mirar vuestro; pues me parece que veo el de Polbieski.

Car. ¡Ay amigo! Polbieski era en aquel tiempo, qual vos le pintais. . . mas ahora es tal como me veis, siete años de pena y esclavitud: el dolor, de verme dividido de mi patria, y de una idolatrada esposa, las enfermedades y los trabajos padecidos; han desfigurado mis facciones, mi voz y toda mi persona. . . . . Sin embago, el que se halla en vuestra presencia es Polbieski. . . . . . Sí, el mismo que os habla.

Brin. ¡Pluguiese al Cielo.! . . . . Pero por desdicha tenemos un testimonio con indudables pruebas de su muerte; yo le amaba, y si viviera, no me veria reducido al mísero empleo de carcelero.

Car. Explicaos.

Brin. Por su proteccion pasé desde soldado á Sargento, y quizá hubiera logrado otro ascenso: ademas le soy deudor de la vida.

Car. ¿De qué modo?

Brin. Escuchad. Se celebraba un dia el cumple años del Soberano, y todo el Regimiento estaba sobre las Armas para dar una idea de nuestra pericia en ellas, nuestros Gefes mandaron que nos dividiésemos en dos columnas; que la una asaltase y la otra defendiese un puesto atrincherado, presentando con una accion fingida la imágen de un verdadero combate. En el calor de la accion, mientras entre el polvo, y el humo que nos cegaba eramos conducidos al ataque, desgraciadamente, tropezé con la vayoneta arma-

da con el Mayor Polbieski, que defendia la trinchera, y cayó al golpe gravemente herido. El hecho era demasiado público para que se me pudiera ocultar. Me arrestaron y pusieron en un calabozo: alguna pequeña diferencia que habia pasado entre mí, y el Mayor pocos dias ántes, dió motivo á los mal intencionados para imputar el acaso á un golpe premeditado de venganza y de asesinato. Ya estaba concluido el proceso, y me hallaba irremisiblemente perdido, quando Polbieski, sin cuidar de la herida, superior al propio resentimiento, con la voz y con las pruebas me protegió, desmintió las acusaciones y me salvó el honor y la vida.

Carlos. ¿Tu eres aquel? . . . . . . ¿Tú? ¡Ah! (*Transportado de gozo.*) el Cielo me proporciona el hallarte, el Cielo. . . . . (*se desabrocha el pecho*,) Mira: esta es obra de tu mano, mira la cicatriz de la herida que tu mismo me hiciste: à estas señas y pruebas, dexarás de dar fé? . . . . . Di ahora, si puedes dudar que yo sea el mismo Polbieski.

Brin. ¿Qué es esto? . . . . La misma cicatriz y en el mismo parage la tenia Polbieski. . . . . . En verdad que empiezo á confundirme. . . . . Vaya, si apénas lo creo. . . . ¡Oh! Es preciso verlo todo mejor, avisar al Presidente, y descubrir. . . . . . Aguardad un momento. . . . . De qualquier modo vuestra situacion me interesa, y prometo en vuestro favor . . . . . quiero probaroslo. . . Llamo al Presidente, y al momento vuelvo. (*vase.*)

SCENA III.

Cárlos, y despues el Presidente, y Brin.

Car. ¿Qué querrá decir? Yo no lo entiendo. . . . . Mi relacion le ha agitado y me pareció. . . . . Dios mio tu que ves mi corazon concedeme el consuelo de abrazar á mi adorada esposa una sola vez, y recibiré contento la muerte.

Brin. Aquel es.

Pres. Despejad. (*á los mozos que habrán estado á la vista y se van.*)

Brin. Idos á fuera para lo que se ofrezca. (*El Presidente se adelanta mirándole atentamente de pies á cabeza.*)

Car. ¿Qué significa Señor esta ceremonia?

Pres. Nada siniestro. Si te falta un padre en mis brazos lo hallarás

Car. ¡Ah! . . . Vos sois el primero (*con dolor*,) en quien oygo el idioma de la piedad, desde que entré en este funesto pais.

Pres. ¿Estás afligido?

Car. Lo estoy de siete años á este parte; pero este último golpe me es tanto mas sensible quanto menos éstaba preparado para recibirle.

Presid. ¿Hijo mio sabes quien soy? (*tomándole la mano.*)

Car. Si Señor.

Presiden. Querrás fiarte de mí? Me concederás tu amistad?

Car. Mi corazon la desea.

Presid. Pues hablame francamente y sin reserva alguna: yo te juro por carácter sagrado que me honra, que guardaré tu secreto con escrupulosidad.

Car. Voy á hablar.

Presid. Sientate. . . . (*lo hacen los dos*,) ¿Sabes que tu vida se halla en el mayor peligro?

Car. ¡Es posible!

Pres. Un funesto auto que el Tribunal. . .

Car. Os comprendo: me horrorizo al mirar la verdad tan léjos de los umbrales de la justicia. Pocos años de ausencia. . . . .

Pres. ¿De donde veniste? ¿En que tierras has estado? ¿Qual fué tu refugio?

Car. Andrinópoli. Desde que entré en aquel pais tan fatal para mi libertad, parece que desplomó sobre mí su maldicion el cielo: los desastres, y los afanes fueron mis compañeros inseparables: herido y casi moribundo caí en poder de nuestros enemigos, que sordos á mis voces, y á las de la piedad, me sepultaron en un abismo, en donde mil y mil víctimas desgraciadas gemian igualmente entre los pestíferos alientos que nos circuían: aquel horrendo subterraneo parecia el albergue de la muerte: allí se veían mil soldados amontonados faltos de todo, implorando la muerte. Todo era desesperacion, y lamentos. Un pan negro y mohoso era nuestro alimento, y una medida de agua pestífera, apagaba la ardiente sed que abrasaba nuestras entrañas. De improviso nos sacaron de aquella espantosa cárcel para conducirnos á otro encierro: yo supe aprovecharme de aquel instante favorable, y ya fuese suerte, ó viveza mia, logré engañar la vigilancia de las guardias, y escapar de sus manos. Anduve vagando por paises desconocidos, atravesando montes, y siguiendo valles y bosques, sin guia, ni socorro, y las mas veces careciendo de los necesarios alimentos, el campo abierto me servia de albergue, y las yerbas de cama; despues de tantas penalidades, volví á ver mi amada patria, y quando esperaba consolarme en los brazos de mi esposa é hijo, cuyo paradero ignoro, encontré la mayor ingratitud, me ví desconocido y preso, por órden del Senescal mi pariente. . . . ¡Oh Dios mio! . . . Y tal vez no saldré de aquí sino para el último suplicio.

Pres. ¡Infeliz, que no te se puede dar otro nombre; si efectivamente eres Polbieski, si no mientes, procura probarlo autenticamente evitando el peligro que te amenaza; mas si todo es ficcion, estremecete y tiembla!

Car. Puesto á vuestras plantas, como si me hallase en el último instante de mi vida, os juro que soy el infeliz y perseguido Carlos Polbieski. . . Creedlo á vista de estas lágrimas, hijas de mi dolor. . . . (*entusiasmado*) Creedlo á vista de mi intrepidez, y franqueza, que manifiesta mi verdad. . . . Creedlo á vista de estos irrefragables testigos que pude conservar á costa de mi vida. . . . Este solo es la patente con que se me confirió el grado de Capitan, pocos meses ántes de mi esclavitud. . . . Este es el retrato de mi esposa Emilia: si mis palabras no os mueven, si tales pruebas no os persuaden; en nombre de la humanidad y de la justicia, os suplico que me presenteis al Soberano; yo me sujetaré á qualesquier careo, yo mismo seré el defensor de mi inocencia; en mis palabras, en mi intrepidez, y en mis obras recònocereis que soy Polbieski.

Pres. No me engaño. . . . ese entusiasmo, ese fuego. . . . estas señas. . . . ¿Quién podrá ser sino él?. . . Yo creo será verdad quanto acabais de decirme: sin embargo son necesarias pruebas mas convincentes. ¿Quién testificará á vuestro favor? ¿Quien os conocerá por Polbieski desmintiendo los documentos de vuestra muerte?

Car. Quien? . . . Aquella que tantas veces he pedido en valde: la suspirada compañera de mi vida, mi esposa Emilia, á quien no he vuelto á ver desde aquel infeliz instante. Ella descubrirá quién soy á pesar de la mudanza de mi suerte; solo esta gracia imploro, os la pido rendidamente.

Pres. El cielo me inspira. . . . (*con resolucion*) dame esa carta: pronto volveré: de nada te asombres: ten firmeza, y esperame con tranquilidad.

Car. A donde vais?

Pres. Al Palacio del Senescal.

Car. Con que fin?

Pres. A echarme á los pies del Soberano.

Car. Qué pretendeis hacer?

Pres. Ya lo sabrás.

Car. Veré á mi esposa?

Pres. Sí.

Car. Quando? . . . . . Donde? Y mi hijo? . . . Vió la luz del dia? . . . Vive? . . . .

Pres. Vive. . . . Los dos son mucho mas desdichados que tú. . . . están deshonrados, carecen de libertad, y de socorro.

Car. ¡Justo Cielo!

Pres. No me detengas mas. . . . A Dios. . . .

Car. Vos quereis. . . .

Pres. Llegar hasta los pies del trono, hacer triunfar la inocencia y la justicia, ó perecer víctima de la maligna impostura; pero libre de remordimientos. . . . . (*parte.*)

Car. ¡Sagrado cielo! . . . protege mi causa. (*se va conducido por los mozos á la cárcel.*)

ACTO TERCERO.

Gabinete magnifico, con arañas encendidas, mesa decente con escribania, luces y sitiales.

SCENA PRIMERA.

Rey y Conde con una carta.

Rey. Qué carta es esa?

Cond. Del Generalísimo.

Rey. Qué contiene?

Cond. Solicita vuestra marcha al exército. . .

Rey. Contestadle al momento que mañana proseguiré mi viage.

Cond. Quedo enterado.

Rey. Y esos papeles?

Cond. Son todos memoriales.

Rey. Qué piden?

Cond. Justicia contra el Senescal.

Rey. En que materia?

Cond. Si su contenido fuese verídico, hay cosas que. . . .

Rey. ¡Qué especie de hombre es este Senescal!

Cond. Dicese que es mas afecto á su utilidad, que á la hombria de bien.

Rey. Y ese otro papel?

Cond. Es contrario á los precedentes.

Rey. Qué es?

Cond. Un memorial del Senescal.

Rey. Qué solicita?

Cond. La reforma del Magistrado.

Rey. De quien?

Cond. De Bramann, el Presidente del Crímen.

Rey. Qué motivo alega?

Cond. Su mala administracion de justicia.

Rey. ¿Os informasteis de este sugeto?

Cond. Si Señor.

Rey. ¿Qué aclarasteis de los informes?

Cond. Toda la Ciudad lo aclama por justo é incorruptible.

Rey. ¿Pues como? . . . . . . Dad-

mele. (*Toma el memorial.*)

SCENA II.

El Baron de Elvingh, y dichos.

Bar. Señor? Vengo á suplicaros la gracia de conducir á vuestros pies una persona que está aguardando en la antesala.

Rey. Quien es?

Bar. El Presidente Bramann.

Rey. El Presidente?... Ya concibo la causa.... Que le conduzcan, vendrá á defenderse.

Bar. Es muy diverso el motivo; permitale V. M. entrar...

Rey. Mañana, Baron, mañana.

Bar. Se trata de un asunto que pertenece á su Tribunal, y á la vida de un infeliz.

Rey. Siendo así, no se pierda un instante, que entre.... (*parte el Baron.*) Suspendamos dar curso al memorial; y pues él viene aquí, conozcamos mejor el fundamento de las acusaciones.

SCENA III.

Baron, Presidente, y dichos.

Bar. Aprovechad este favorable momento. (*conduciendole hácia el Soberano.*)

Pres. Permitidme gran Señor, que lleno del júbilo mayor, y conmovido de la mas tierna agitacion de la gracia que me concedeis, me postre á vuestras reales plantas. (*va á hacerlo.*)

Rey. Deteneos; ¿Que importante causa os conduce á estas horas?

Pres. La pública voz que anuncia vuestra marcha tan repentina; por lo qual he resuelto prevenir...

Rey. Verdad es, sentáos.

Pres. Señor.... este honor....

Rey. Sentáos; yo os lo mando.

Pres. El obedeceros es ley. (*lo hace.*)

Rey. Retiraos. (*á los demas, que lo hacen.*) Hablad.

Pres. Antes de todo, permitidme que á quanto debo exponeros, haga preceder un acto indispensable. Yo deposito en vuestras augustas manos este diploma, que me eleva al glorioso empleo de Presidente de uno de vuestros Tribunales, una renuncia total de mis bienes, supuesto que no tengo hijos, á favor de la Real hacienda, y por último deposito en ellas mi vida, mi honor, y toda mi persona. (*Dexa unos papeles en la mesa.*)

Rey. Por que esa ceremonia?

Pres. Porque sirva de fianza á la verdad de mi labio: si miento, quitadmelo todo, confundidme en el oprobio, agravad la vengadora mano de la justicia sobre mi cuello; pero si expongo verdades, me volvereis el honor, la vida, el empleo, y vuestra gracia. Hecho esto, nada me intimida; pues franco y superior á qualquier peligro, descubriré á V. M. unas verdades que se ocultan baxo el imperio de una perfidia, á la que todo obedece; y que sería muy fatal á qualquiera que la manifestase á otro, que á V. M.

Rey. Pero de quien me hablais?

Pres. De aquel á quien de muchos años á esta parte habeis confiado la tranquilidad y el gobierno de una entera provincia, de aquel que os engaña, que os es traydor, interin aparenta serviros; de aquel que lejos de vuestros ojos en vuestro nombre, arbitrariamente dispone de los bienes y vidas de mil víctimas, á las que nada les dexa mas que el rencor, y una impotente desespe-

racion: Hablo del Senescal.

Rey. Os atreveis (*Se levanta irritado.*) en mi presencia á hablar de ese modo de un Ministro de. . . .

Pres. Mi vida está en vuestras manos: oprimidme, castigadme: (*De rodillas.*) pero no atribuyais á delito lo que hablé verdad delante de vuestra Soberana Magestad. Halle al menos abrigo á los pies del Solio, ya que está desterrada de todo lugar.

Rey. Sentáos, y proseguid. (*Se recompone y se sienta.*)

Pres. No os hablaré, Señor, de una multitud de extorsiones y raptos cometidos contra los inocentes vasallos vuestros: no de su gobierno arbitrario y prepotente: no de la justicia corrompida y mercenaria, de las sentencias vendidas, de los crímenes no castigados, de las cabalas y monopolios. . . . No, Señor, no he venido á acusar al gobierno; sí, á implorar contra él vuestra recta justicia, no para mi, sino para un infeliz blanco de la opresion; por este seno os suplico. . . . indague V. M. su conducta: y al momento conocerá sus culpas.

Rey. ¿Y puedo creérlo? ¿será verdad?

Pres. Oidme, Señor, y os horrorizareis; hace ya siete años que un honrado oficial procedente de una ilustre familia, mientras ardía la guerra en los confines desapareció, y no se supo de él noticia alguna: se quiere hacer creer su muerte, se presentaron falsos indicios, los que atestiguan su muerte. El no dexaba en el mundo sino un primo, que es el Senescal, y una esposa jóven: sus biénes en caso de no tener sucesion, pasaban todos á aquel. Despues de algun tiempo se manifiesta que Emilia, que así se llama la esposa, llevaba en su seno el fruto de aquella feliz union. El Senescal enfurecido palpitaba por temor de que diese á luz un hijo que le privase de la rica herencia. Por uno de aquellos fenómenos, que pocas veces la naturaleza produce, aunque muchas acontece, el parto sucedió diez meses despues de la ausencia del Padre. Esto bastó para dar motivo al animo inquieto del Senescal á maquinar el mas iniquo y pérfido atentado. Acusa á Emilia de un clandestino comercio, del mas feo y horrible delito que se puede imputar á una muger. Se encuentran diputados precarios, que reciben la acusacion, testigos seducidos que la comprueban. . . Lo creereis Señor? Aquel mismo tribunal, del que hoy tengo el honor de ser Presidente, á cuyo cargo no estaba entonces elevado, pronunció el iniquo fallo, declaró culpada la madre, infame el fruto de sus entrañas, mandando encerrar al uno en el parage en donde el olvido, y la deshonra cubre al que entra en él, y á la otra, al rigor de las leyes; degradada, con abusos, se la puso en una prision á llorar su inocencia infamada, para que acabe en ella una vida mil veces peor que la muerte. ¿Corazones tan pérfidos, espíritus tan crueles pueden exîstir en el mundo, y hay tierra que los sostenga y no se abra sepultándolos baxo el peso de su enormidad?

Rey. ¡Oh, Dios! . . . . Este caso ha alterado mi espiritu. . . . (*enojado.*) Ese hombre tan perverso. . . .

Pres. Suspended, Señor, vuestro enojo, y oidme el resto de la funesta catástrofe á que se dirigen los atentados de un indigno. El infeliz Polbieski que se supuso muerto, despues de siete años de la mas cruel esclavitud, huye de sus enemigos, y vuelve á la patria. Este golpe, no igno-

rado del Senescal, destruia sus artificios. Presentase Polbieski palido, seco, y casi desfigurado por las muchas penas y enfermedades padecidas mientras estuvo prisionero, de forma que su trage y figura en parte desmentian ser el mismo. Aprovecha el Senescal y saca partido de este acaso, y con el apoyo de falsos documentos de su muerte, se decide que aquel es un impostor, se le lleva á la cárcel y se le forma un proceso; por cuyas pruebas decide nuestro tribunal por una conclusion (no firmada por mí) que aquel no es Cárlos Polbieski, y de este modo en breve se le dispone un suplicio.

Rey. ¡Que oigo! . . . . pero ¿que pruebas, que certidumbre teneis vos de que ese hombre sea el propio Carlos?

Pres. Todas aquellas que suministran la verdad y la evidencia, y entre ellas la de esta patente de Mayor, que reservaba consigo, que es la suya, y firmada por la augusta mano de vuestro inclito Padre difunto.

(*Mirando el Rey la patente.*)

Rey. Baron, pasad al quarto del Senescal, y decid que quiero hablarle. . . .

(*Parte el Baron*)

Pres. ¡Ah! Señor. . . . . por piedad no me exponga V. M. á la vista de ese hombre. . . . . Quizá podria. . . . .

Rey. Nada temais. . . . . no estareis presente, ni yo interrumpiré el curso de sus secretas pláticas. . . . . Mi intencion no es mas que sorprenderle en su culpa . . . . pero antes mirad.

Pres. ¿Que es esto Señor?

Rey. Es un recurso que hace el Senescal contra vuestra persona.

Pres. ¡Contra mí!

Rey. Leed. . . . . Qué os parece?

(*Lo mira y lee baxo.*)

Pres. No me admira.

Rey. Sabeis lo que he resuelto?

Pres. Qué Señor?

Rey. Complacerle por pocos momentos: fiad de mí, y tranquilizad vuestro espíritu.

SCENA IV.

Baron, y dichos.

Bar. El Senescal viene.

Rey. Retiraos á aquel Gabinete, (*al Presidente.*) y esperad mis órdenes. . . . .

Pres. Obedezco. . . . . (*parte.*)

Rey. Conde de Novogord, poned el decreto „como se pide" en este memorial. (*El conde se pone á escribir.*)

El Baron se va, y vuelve á su tiempo.

Rey. ¡Con que voces, con que razones, me ha electrizado el Presidente! ¡Qué rasgos de verdad me ha manifestado! . . . . . Yo tiemblo de ira. . . . . ¡Un hombre tan pérfido. . . . . tan perverso y traydor . . . . . ! Suspendamos por un poco de momento el rayo de la venganza, y descubramos hasta donde se extiende la malicia, la iniquidad de los hombres. ¡Que desgracia es para un Monarca tener que fiarse de tales monstruos, y ser el solo garante de los daños que ellos causan!

Cond. Ya está el decreto.

(*El Rey le lee, y firma*)

SCENA V.

Baron, el Senescal, y dichos.

Bar. Entrad.

Sen. Señor, pues me haceis digno de tanto honor, vengo á recibir vuestros venerados preceptos.

Rey. ¡ Oh, mi Senescal! . . . . hasta ahora hemos hablado de vos: leí vuestra súplica. No me detendré en apurar los motivos, que os han determinado á hacerla; porque supongo que las miras de un hombre destinado á representar mi Persona en el gobierno, han de ser forzosamente justas y dirigidas al bien comun. Aquí teneis el decreto que depone al Presidente de su empleo. Dexo, pues, á vuestro cuidado el proponerme, con la mayor prontitud que sea posible, otro sugeto digno de substituirle, porque deseo que la justicia tenga su curso, y no quede interrumpida por faltar quien la administre.

Sen. Me llena de gozo la confianza con que V. M. se digna honrarme: haré quanto esté de mi parte.

Rey. Conozco vuestro zelo, y descanso enteramente en vos: pero decidme, ¿ Como está el asunto de aquel supuesto Polbieski?

Sen. Casi concluido, y legalmente comprobada su impostura.

Rey. Como?

Sen. Por su proceso, y por la decision del Tribunal. . . . Veala V. M. (*se la dà.*)

Rey. Está bien. . . . (*despues de haberla leido.*) Sin embargo, ved lo que son las cosas. Hay sugeto que pretende poner en duda esa impostura.

Sen. En que se funda?

Rey. En muchas razones; pero principalmente en esta (*se la dá.*) patente que se le halló encima.

Sen. Este escrito carece de fuerza.

Rey. Por qué?

Sen. Esta patente puede probrar únicamente que Polbieski tenia el grado de Mayor, pero no que el que la tenia en su poder sea el mismo Polbieski.

Rey. Como?

Sen. Quando ese impostor resolvió pasar por Polbieski, sin duda conoció que necesitaba de algun documento para acreditar la mentira: es muy factible que encontrase en el cadáver de Polbieski esa patente que le servia para el caso.

Rey. Es muy verosimil, particularmente quando de todas las pruebas resulta su impostura . . . . . quando una decision legal la comprueba. . . . . pero á otra cosa . . . . . ¿ Estaba casado Polbieski?

Sen. No renueve V. M. una llaga que todavía despedaza atrozmente mi corazon.

Rey. No os entiendo.

Sen. Culpada esa muger del mas feo delito, me cubrió de polvo y de amargura.

Rey. Pérfido. . . . (*ap.*) ¿Vive todavía esa muger?

Sen. Vive.

Rey. En donde?

Sen. Basta, Señor por piedad; no quiera V. M. aumentar mi afliccion con su recuerdo.

Rey. Bien. Me bastan estas noticias.

Sen. Con vuestro permiso me retiraré. (*hace que parte.*)

Rey. Emilia. . . Emilia. . . . (*discursivo.*) De que familia es esta muger?

Sen. De la de Wértlay.

Rey. Está bien. Emilia Wértlay? Idos.

Sen. ¡Qué preguntas! ¡Que tono tan misterioso! Mucha (*apar.*) viveza se

necesita para desvanecer toda sospecha; pero mi designio es seguro. Ya no hay que temer la sombra del Presidente. Apresuraré su execucion. (*parte.*)

Rey. ¿Es posible que haya corazones tan pérfidos? (*paseándose.*) Almas tan víles? Llamad al Presidente. (*al Baron que lo hace.*)

Bar. Entrad. (*Al Presidente.*)

SCENA VI.

Presidente y los dichos.

Pres. ¡Ah Señor!.... Si se le da un instante de libertad á ese monstruo, completará sus asechanzas contra la vida del desdichado Polbieski. Despues, ¿de que serviría que vuestro rigor descargase su justicia sobre el delinqüente? No es mejor impedir el delito?

Rey. Le impediré, sí, le impediré; hombre grande y sensible, vasallo fiel, amigo de la justicia y gloria de tu Soberano; mereces mi mayor confianza y mi fina amistad. Yo me abandono á tus manos. Si empezaste iluminando á tu Principe acerca de los males que le afligen á una provincia angustiada por un infiel Ministro; á tí te toca completar esta grande obra. ¡Qué tiempo mas precioso para un Monarca que el que emplea en procurar la felicidad de sus vasallos! El primer objeto y el mas sagrado de mis cuidados es la dicha comun: como la consiga, no siento incomodidades. Vamos, mañana he de partir, solo me queda una noche; pero espero aprovecharla. Tú guia mis pasos, pues eres digno de ello: sorprendamos los delinqüentes: castiguese el delito, y defiendase la inocencia. (*Parten.*)

ACTO QUARTO.

Grande corredor de las cárceles con puertas que conducen á diferentes estancias; á un lado una escalera, por la qual se entra al corredor, al otro lado otra escalera que conduce á varias prisiones; en el fondo puerta grande cerrada. En medio arde un farol. Es de noche.

SCENA I.

Brin con la linterna y un Mozo de la carcel con un manojo de llaves en la mano.

Brin. ¿Estévan; lo has oido?.... dos veces han llamado á la puerta.... ¿Quien será á estas horas?

Moz. Voy á verlo. (*parte.*)

Brin. En esta posada á todas horas llègan huespedes; unos vienen y otros van, y jamas gozo descanso completo: pero al fin es preciso tener paciencia.

Moz. Pronto, pronto acudid con la luz.

Brin. ¿Qué ha sucedido?

Moz. Ha llegado el Presidente con dos señores, que no conozco, y preguntan por vos: venid, venid pronto.

Brin. ¿Qué me querrán á estas horas?

Moz. Ya llegan. (*parte.*)

SCENA II.

Baron, Presidente, Rey y dichos.

El Rey y el Baron saldrán con un sobretodo que les cubre sus propias vestiduras.

Brin. ¿Señor, V. S. aquí? (*Salien-*

dole al encuentro.) Perdonad, pero hay una novedad.

Pres. Qual es?

Brin. El Senescal me ha pasado órden de que no os permita la entrada aquí, y que no conduzca preso alguno á vuestro Tribunal.

Pres. Pues aquí teneis otra órden del Soberano, que os manda lo contrario.

Brin. Obedezco y callo. (*Despues de haberla mirado á la luz de la linterna.*)

Pres. ¿Habeis visto todo lo que contiene?

Brin. Si Señor.

Pres. Debeis conformaros á quanto yo disponga.

Brin. Muy bien.

Pres. Empezad á obedecer, conducid á estos Señores y la gente que se halla fuera, á la sala de mi Tribunal, que comunica á estas cárceles por la puerta secreta.

Brin. ¿Luego?

Pres. Al instante.

Brin. Obedezco. . . . . Qué será esta novedad? (*aparte.*) Seguidme, Señores.

Rey. Voy.

Pres. Sobre todo os impongo silencio en quanto veais y escucheis.

Brin. Sé mi obligacion.

Pres. Volved aquí luego.

Brin. No perderé tiempo. . . . . A éste (*ap.*) no le conozco, y al otro apenas le distingo . . . . . Quien serán? (*Se va con el Baron por la escalera de la entrada.*)

Rey. Qual es vuestro designio?

Pres. Os he traído á éste parage para haceros testigo de las verdades que ántes os declaré. Este es el parage donde el pérfido Senescal vendrá á completar su traicion.

Rey. ¿Y creereis que venga?

Pres. He tenido aviso cierto.

Rey. No podré contener mi furor á su presencia.

Pres. Si desea V. M. descubrirlo todo, y convencerle en medio de sus culpas, moderad vuestra ira, sosegaos, y por un solo momento fiaos de mis consejos.

Rey. ¿Me contendré?

SCENA III.

Brin, y los dichos.

Brin. Aquí estoy á vuestras órdenes.

Pres. Decid. ¿En donde está la infeliz muger de Polbieski?

Brin. No tengo tal muger baxo mi custodia.

Pres. ¡Cómo! ¿Emilia Polbieski, no se halla en esta cárcel?

Brin. Se halla una Emilia, pero no es Polbieski.

Pres. Se llama Wertlay?

Brin. Eso sí.

Pres. Esa es la que busco.

Brin. No he sabido su estado en mas de seis años que me hallo aquí.

Pres. Poco importa. Necesito verla.

Brin. Señor las órdenes del Senescal. . . . .

Pres. Y las del Soberano?

Brin. Teneis razon, obedezco. Eh? (*Llama.*)

SCENA IV.

Mozo, y dichos.

Moz. Qué mandais?

Brin. Las llaves.

Moz. Aquí están.

Brin. Vén conmigo. (*Sube á la escalera que conduce á las estancias, y á la mitad de la escalera abre una puerta.*) No sé si podrá caminar, despues de tantos años que no hace exercicio. Es regular

haya perdido el uso y la fuerza. (*entran.*)

Rey. Infeliz! ¿A tanto ha llegado la crueldad del Senescal con ella? . . . ¡Apenas puedo contener mi enojo!

Pres. Esta es la primera escena: las restantes, os llenarán de horror.

SCENA V.

Brin y el Mozo sosteniendo á Emilia, y ayudandola á baxar, la que sale pálida, vestida con extrema miseria, y muy abatida.

Emil. ¿Quien me saca del abismo (*con voz desmayada.*) en que he vivido sepultada? ¡Ay de mí! mis débiles rodillas no pueden sostener el peso de mi abatido cuerpo. . . . Dexadme, dexadme en mi horrorosa situacion.

Brin. Alentaos: estos dos Señores desean veros.

Emil. O vosotros que sois testigos de mi estado, si teneis un rasgo de compasion en vuestro pecho, quitadme la vida, y libradme de tantos afanes.

Pres. Sentadla allí. (*Brin y el Mozo lo executan.*)

Brin. Quereis otra cosa?

Pres. Retiraos, y aguardad mis órdenes; dentro de poco os necesitaré.

Brin. ¿En que parará esto? (*ap. y vanse.*)

Emil. Quienes sois, Señores mios? . . . Qué quereis de mí? . . . . Habeis venido para verme acabar esta vida infeliz? . . . ¿Podré esperar el último golpe? Sois enviados del Senescal?

Pres. No: venimos de órden del Soberano.

Emil. Justo cielo! . . . . El Soberano! . . . . (*trastornada.*) Gran Dios! . . . . ¿Habeis oido acaso los fervientes votos que os he dirigido desde mi horrenda prision?

Pres. Calmaos: no agiteis mas vuestro oprimido espíritu con transporte de furia.

Emil. Pero. . . Es verdad? . . Llegó á oidos del Monarca la triste historia de mis desgracias?

Pres. Sí Señora. El Monarca lo sabe todo.

Emil. Lo sabe?

Pres. Sí; y está mas cerca de lo que os podeis imaginar; pues se halla en Lemberg.

Emil. S. M. en Lemberg?

Rey. Sí: armado de todo el rigor de su cólera contra los traydores, y viles delinqüentes.

Emil. ¡Ah! Si en vuestro corazon alimentais la piedad y la compasion, á vista de mis infortunios; dirigid, guiad mis pasos á sus augustas plantas. Dexadme besar, ántes que muera, la gloriosa mano de ese jóven héroe, y haced de modo que pueda descubrirle mis afanes, desventuras, y el indigno brazo que me oprime. El Rey es justo, humano y clemente, y por lo mismo será protector de los infelices y azote de los impíos. . . . si hablais verdad, si teneis algun poder, libradme de la infamia que me cubre: volvedme mi honor, y mi hijo; que logre abrazarle, estrecharle en mi regazo maternal, y cubrirle con mi llanto de placer. . . . . os lo pido. . . . . os lo suplico rendida á vuestros pies con el mayor fervor.

Rey. Levantaos, lograreis vuestros deseos.

Emil. Yo abrazaré los pies de mi Soberano?

Rey. Sí. . . . .

Emil. Veré á mi hijo?

Rey. Tambien.

Emil. Desdichado! Hijo infeliz! Tú

vives todavía? . . . . La crueldad de los hombres te acrimina una culpa la mas infame entre los vivientes, la de ser fruto de un enlace ilegítimo.

Pres. Por qué no hablais de vuestro esposo?

Emil. Ay Dios mio! (*llora.*)

Pres. Llorais?

Emil. Con que golpe tan cruel me habeis pasado el corazon!

Pres. Qué fué de vuestro esposo?

Emil. Le perdí. . . . Ah desgraciada Emilia! . . . .

Pres. Quando le perdisteis?

Emil. Siete años hace peleando por su Rey en la batalla de Caminiech.

Pres. Estais cierta de ello?

Emil. Ojalá no lo estuviese! ojalá no hubiese visto los funestos testigos de su muerte!

Pres. Sin embargo, hay quien afirma que Polbieski vive, y que está pronto á comprobarlo.

Emil. Polbieski! . . . . . Es posible! Como? Ah! que débiles esperanzas intentais dispertar en mi alma!

Pres. Vos misma le oireis.

Emil. Ah, Señor! . . . como me habeis electrizado! . . . Que sudor me cubre!

Pres. Recobrad vuestra calma: sosegaos.

Emil. Quien es? . . . donde está ese hombre? . . . Que le vea, que le oyga y salga de una vez de la cruel inquietud que agita mi pecho.

Pres. Ya lo vereis.

Emil. Quando?

Pres. Ahora mismo. Ola?

SCENA VI.

Brin y los dichos.

Brin. Qué ordenais?

Pres. Conducid aquí á aquel hombre á quien esta mañana tomé declaraciones.

Brin. Al instante.

Se dirige á abrir otra estancia.

Emil. Justo y piadoso cielo, dadme fuerzas en este momento! . . . . . Cómo se agita mi corazon al renovar la memoria funesta del solo hombre que ha sido admitido en mi corazon. Llenemonos de una imágen tan dolorosa. Yo nada espero, de nada me lisonjeo, sino de sumergirme mas y mas en el dolor y la desesperacion.

SCENA VII.

Brin y Polbieski, que salen por la puertecita, y dichos.

Brin. Aquí le teneis.

Pres. Poned la luz allí, y retiraos.

Brin. Está bien. (*pone la luz encima de un peñasco, y se retira.*)

Car. Vos, Señor, aquí? A estas horas? Qué me anunciais?

Pres. Buenas nuevas; por ahora, no os digo mas; en otra ocasion, os participaré. . . . . entretanto, ved que aquella señora desea hablaros.

Car. A mí? Oh Dios! . . . . En este trage. . . . . en el estado en que me hallo. . . . . no tengo valor. . . . .

Pres. No importa: es preciso la oygais, y quizá no os pesará haber tenido esta ocasion. . . . . id: este caballero y yo nos retiramos, y os dexamos en entera libertad para que os hable.

Se retira al fondo con el Rey.

Car. Sois vos la que desea hablarme? *Acercandose á ella temeroso.*

Emil. Yo, que despues de siete años de súplicas y llantos hallo por la vez primera á mis semejantes, y busco inútilmente algun rayo de esperanza que alumbre la noche de mis infortunios.

Car. Dios mio! . . . . Esta voz. . . . Estos acentos no desconocidos, (*ap.*) penetran y agitan mi corazon. . . . mas en vano. Ahora veo que no soy el mortal (*á ella.*) solo á quien la suerte ha colmado de desventuras . . . . Vos tambien? . . .

Emil. Nadie, mas que yo, ha sido su víctima; mi juventud ha experimentado toda la injusticia y crueldad de que son capaces los hombres. Yo habia nacido para la virtud y felicidad, y me creí venturosa. Un solo instante cambió mi suerte . . . . fuí esposa . . . . ya no lo soy . . . . fuí madre, y se me atribuye á delito tan sagrado nombre . . . . era inocente, y aun lo soy, de lo que es el cielo buen testigo, y pérfidamente se me acusa mi honor, que antepongo á mi misma vida, está vulnerado, cubierto de infames borrones, y de eterno oprobio. . . . Dios mio! . . . Pueden resistirse tan crueles martirios sin morir de dolor?

Car. A que funestas imagenes, (*ap.*) á que ideas llama mi memoria la relacion de esta muger! . . . qué sospecha concibe mi corazon! . . . por qué palpita? por qué tiembla?

Emil. Decidme . . . . Un frio sudor cubre al preguntaros . . . . Es verdad lo que me han dicho?

Car. Que?

Emil. Que conoceis á Carlos Polbieski.

Car. Le conocí, y le conozco.

Emil. Vos! á donde? como? Ah! Sin duda me engañais . . . . os burlais de mis lágrimas . . . . Ah cruel!

Car. Que relacion teneis con él? y por qué causa os interesais tanto en sus cosas?

Emil. Ah! . . . Me intereso mucho mas de lo que podeis imaginar. . . . mas de lo que yo misma puedo comprehender . . . . Yo le amaba . . . . Idolatraba en él . . . .

Car. Vos á Polbieski?

Emil. Con el mas puro, el mas tierno y fino afecto . . . . Por deber y de derecho era mio, sí, él solo era mio.

Car. No cabe duda . . . . (*ap. y con viveza.*) esta es mi esposa, sí, ella es. Bien me lo anunciaba el corazon . . . . Oh Dios! Cómo y á donde la vuelvo ver? . . . Ah. . .

Va á tirarse á los brazos y ella lo rehusa.

Emil. Que intentais? Qué exceso es este?

Car. Señora, veriais gustosa al desdichado Cárlos? Le renovariais vuestro cariño? Le otorgariais vuestros amantes brazos. . . .

Emil. Y aun la vida.

Car. Sostened vuestra palabra, y le vereis.

Emil. Justo cielo! . . . Qué decis? . . . Qué hablais! . . .

Car. Polbieski vive.

Emil. Donde se halla? Decidme. . . . donde está? . . .

Car. Mas cerca de lo que juzgais; se halla en esta ciudad, y aun en este albergue.

Emil. Por qué tarda? Cómo no se presenta? Porqué no busca á su amada y tierna esposa? Ah! no quiere ya á su infeliz Emilia!

Car. Si que la ama, mas que nunca, que á sí mismo. Por ella conserva la vida entre el piélago de las desgracias que le rodean . . . . Su bella imágen era el único confor-

tativo que le infundía nuevo vigor para superar sus desdichas, la que solo le consolaba, y solia inundar con las tiernas lágrimas, así como la beso y llanto, depositándola en vuestras manos. (*le da el retrato.*)

Emil. Qué veo! Eres Carlos? (*Corre hácia la luz, y le mira con entusiasmo, y Cárlos la sigue.*)

Car. Sí, esposa, y para que lo confirmes mira esta frente. (*Se echa á sus pies y descubre su frente.*

Emil. Justo Cielo! (*Le mira, se sorprende, y la sorpresa le causa un desmayo.*)

Car. El te abre sus brazos.

Emil. Carlos . . . . muero! (*al querer arrojarse en sus brazos desfallece, y cae.*)

Car. Emilia . . . mira . . . Oh Dios! . . . Yo soy quien te llama. . . . Tu Carlos. . . . esposa? . . .

Rey. No puedo resistir mas, me siento enternecido, y las lágrimas bañan mi rostro.

El Rey se adelanta para socorrerla; pero se detiene con la salida de Brin.

SCENA VIII.

Brin, baxando de prisa por la escalera, y dichos.

Brin. Ah Señor! . . . que desórden! . . . qué peligro! . . . estoy perdido! . . .

Rey. Qué sucede?

Brin. Los he visto ahora yo mismo . . . . entraron ya . . . . y baxan aquí . . . .

Pres. Quien?

Brin. Un Oficial de la sala y dos Ministros . . . . el Senescal y su Secretario.

Pres. Y qué buscan? . . . Qué quieren? . . .

Brin. Lo ignoro: no se lo pregunté . . . . Permitidme retirar estos presos y prevenir. . . .

Pres. No, que deben quedarse aquí. Yo os lo mando.

Brin. Señor, si el Senescal descubre. . . .

Pres. Las órdenes del Rey os defienden, y yo quedo á la vista.

Se retira con el Rey al fondo.

Brin. Ya llegan.

Rey. No puedo contener mi furor.

SCENA IX.

Un oficial, dos Ministros de justicia, y dichos.

Ofic. Donde se halla el supuesto Polbieski?

Brin. Aquel es. (*Señala á Cárlos, que se halla ocupado en el socorro de su esposa.*)

Ofic. Infeliz! Adora la clemencia del Soberano, (*á Carlos.*) y venera sus preceptos. El te indulta la pena y el deshonor de un público suplicio, concediendote la gracia de morir dentro de estas cárceles. Llegad. (*á los Ministros.*)

Car. Como? De este modo se atreven? . . . Temblad de profanar el augusto nombre del Soberano con un acto. . . .

Ofic. Impostor, tiembla tú mismo. No hay suplicio que pueda castigar tu delito.

Car. Ay de mí! Donde está el Presidente? . . . Lo que él me dixo? indignos! no os horroriza asesinar á un inocente?

Ofic. Inútiles ardides! Ministros, cumplid vuestro deber, obedeced.

Los Ministros lo agarran, Carlos se deshace de ellos, empuña sus cadenas y dice resuelto.

Car. El Cielo fortalecerá á un inocente, y pereceremos todos.

SCENA X.

Senescal, que baxa presipitado, y dichos.

Sen. Por qué tardais? Si se resiste, cayga á mis plantas víctima de su obstinacion. (*Los Ministros sacan las espadas.*)
Rey. Temblad todos. (*Desásiendose del Presidente que le contenía.* Infeliz el que dé un paso! ola! .. entrad.

Se abre la puerta de enmedio, salen Criados con achas encendidas, y guardias reales conducidas por el Baron de Elving, formando medio circulo.....

Car. Qué veo! (*á un tiempo.*)
Brin. Es el mismo.
Sen. Estoy perdido!
Ofic. Donde me ocultaré!

Se forma un quadro, postrándose todos en diferentes actitudes de sorpresa, jubilo y temor; el Presidente queda al lado del Rey, en pie, el Senescal tambien en pie, pero en una postura humilde, Emilia permanece desmayada.

Rey. Senescal, mañana nos veremos. . . (*severo.*) que al momento (*á Brin.*) quede libre de sus prisiones este hombre; y se socorra á esta infeliz. Mañana comparecerán á mi Audiencia quantos se hallan presentes. Presidente, vamos. La mano del Cielo os conduxo á mi lado. Proseguid iluminandome.
Pres. Siempre será mi deber y gloria, amaros y obedeceros.

Parten todos menos Brin y Cárlos que quedan socorriendo á Emilia.

ACTO QUINTO.

Salon regio con trono, á un lado puertas, y en el foro se dexará ver por la rexa una gran plaza, en la que habrá pages y guardias de Corps, distribuidos en buen órden.

SCENA I.

Baron que entra por una puerta lateral.

Bar. Todo esté pronto para la marcha de S. M. . . . Abranse las puertas y entren los suplicantes, pues ántes de su marcha se complace el Soberano en darles audiencia.
Se abren las rexas que hay en el foro, y entra mucha gente que las guardias detenian.

SCENA II.

El Conde, y dichos.

Cond. S. M. viene.. Están avisados los que deben estar presentes á esta audiencia?
Bar. Sí Señor, se han avisado á todos los miembros del Tribunal, al Director del Conservatorio de los huerfanos, al Senescal, al Carcelero, y demas. Este momento es crítico, y debe excitar mucha agitacion en varias almas.
Cond. Lo mismo me persuado.
Bar. Donde está el Presidente?
Cond. Con el Soberano, á quien no abandona un momento: no pueden muchos gloriarse de una confianza tan completa como la que disfruta de S. M. el Presidente.
Bar. Es virtuoso y la merece.
Cond. El Senescal viene. (*mirando.*)
Bar. Que discursivo y descolorido! en verdad no cambiaria mi suerte por la suya.

Cond. Querido amigo, vos conoceis lo que es este pais; y para los grandes las tempestades son pasageras.

Bar. No obstante; pueden ser terribles y dañosas.

Con. Mudemos de conversacion que llega.

SCENA III.

Senescal muy agitado y muy taciturno, su Secretario, y dichos.

Sen. Me siento atribulado. (*al Secretario. Se quita el sombrero, saluda y le corresponden.*)

Sec. Es preciso que mostreis valor, pues que teneis en vuestra defensa tales apoyos.

Sen. Cierto es, mas sin embargo, no puedo tranquilizarme.

Sec. Al Presidente no teneis que temer; pues se halla despojado de su empleo, y no tiene poder alguno.

Cond. S. M. llega. (*Todos se preparan al saludo como corresponde.*)

Sen. Oh! como al oir este nombre me late el corazon!

Sec. Aparentad alegria, sed franco y ocultad vuestro sobresalto, porque de lo contrario os podria perjudicar.

SCENA IV.

El Rey, el Presidente, y Guardias de Corps que le preceden y cierran la comitiva, y dichos.

Sen. Permitidme, gran Señor, que á vuestros pies. . . .

Rey. Qué haceis, Señor Senescal! Qué ceremonias! Qué intempestiva humillacion! (*disimulando su enojo.*)

Sen. Oh Dios! no, estoy en mí.

Rey. Perdonad si esta noche os he causado una sorpresa, que quizá. . . . pero la necesidad. . . . el deber de un buen Soberano es el vigilarlo todo. Sin embargo me persuado no me resultará mal alguno, ántes bien es necesario sepais por mi boca lo que he resuelto sobre el particular. . . . Baron de Elving, dónde están los que he mandado comparecer?

Bar. Esperan, Señor, vuestras órdenes. (*El Rey hace seña de que entren.*) Entrad, Señores.

SCENA V.

Carlos vestido de Militar; pero conservando su ayre pálido y marchito. Emilia vestida decentemente, con rostro descolorido y abatido; el Director del conservatorio conduciendo de la mano á un niño, Mayor, Steing y Brin.

Rey. Señores, esta es la vez primera que os hablo publicamente. Deseo que todos se aprovechen de mis palabras y deseos. . . . Señor Militar acercaos. . . . (*Carlos se acerca con modestia.*) Senescal ahora que ha depuesto su indecente trage, mirad á este hombre, exâminadle bien, y decidme si le conoceis?

Sen. Yo (*levanta la cabeza agriamente, le mira y dice.*) no le conozco . . . .

Car. No? . . . Ah! . . . pérf. . . .

Rey. Moderaos. (*á Carlos.*) No obstante me parece debierais conocerle. Miradle bien. Que no conoceis á vuestro primo?

Sen. Quien?

Rey. Vuestro primo Carlos Polbieski.

Sen. Gran Señor, eso no puede ser.

Rey. Por que?

Sen. Porque mi primo Polbieski murió.

Rey. Quien lo dice?

Sen. Esta certificacion de su propio Regimiento, y la deposicion de un Tribunal.

Rey. De esos dos Señores? (*Señalando á los Diputados.*)

Sen. De los mismos.

Rey. Oid lo que dice esa muger que es su esposa. A esta bien la conocereis. Oidla que podrá deponer tocante á si es su marido, mejor que esos Señores.

Sen. Qué dice?

Emil. Que este es Carlos Polbiesk

mi adorado esposo.

Rey. Oid tambien á Brin Alcayde de lás cárceles, que le conoció un tiempo mucho mejor que yo os conozco á vos, Senescal.

Sen. Y qué puede decir?

Brin. Digo y afirmo que este es Carlos Polbieski.

Sen. Qué fuerza puede tener la voz de un hombre, á vista de unos documentos tan respetables? Ni que autoridad la confesion de una muger, que por la ley ha sido castigada de un feo delito, y como tal se halla privada de probar cosa alguna en derecho de justicia?

Rey. Cierto es: Una muger que las leyes han condenado, no puede hacer prueba alguna en juicio; pero ántes es preciso exâminar si esta muger se halla verdaderamente culpada del delito que se la imputa, y si es este mismo, ó la malicia, como creo, quien la ha condenado.

Sen. Su sentencia habla claro.

Rey. Qual sentencia?

Sen. La que pronunció el Tribunal del crímen.

Rey. De esos Señores? . . . Ya. . . . Y en que la fundaron?

Sen. En haber dado esa muger un niño á luz despues de diez meses cumplidos que se habia ausentado su esposo.

Rey. Presidente teneis aquellas cartas?

Pres. Aquí están.

Rey. Estas son de Polbieski escritas desde el campo á su esposa, pocos dias ántes que sucediese su supuesta muerte; y halladas por el Presidente entre los procesos del Tribunal, y separadas con artificio de la causa que se ha seguido.

Sen. Y bien?

Rey. Esto comprueba, que desde entonces su esposa llevaba en su seno el fruto de su feliz union.

Sen. Pero Señor, como es posible. . . .

Rey. Esto supuesto: vos Presidente que sois legal, decid: nuestras leyes reconocen por legitimo á un hijo que haya nacido aun despues de diez meses?

Pres. Sí Señor; no hay la menor duda; pues la naturaleza ha presentado mil naturalidades. Y varios observadores en sus escritos nos lo dicen.

Rey. Ademas: si el mismo Polbieski, en sus cartas reconoce por suyo este hijo, la sentencia que condenó á esta muger es injusta, y queda anulada desde este instante: luego si la muger es inocente puede probar en juicio; y testificando una esposa la exîstencia de su marido, qual declaracion puede ser válida y segura?

Sen. Pero la fé debida á los Señores Diputados. . . . su sentencia. . . .

Rey. Que fé quereis que yo dé á unos miembros corrompidos, que venden al peso del oro la recta justicia, y las vidas de sus conciudadanos? . . . Todo lo sé, Senescal: dos preciosas sortijas (*señalando.*) hicieron decidir la inexîstencia de ese infeliz, quatrocientos sequies, del honor y la libertad de su muger, de los bienes y la fama de un inocente niño encerrado en el puesto del oprobio. Ahí está ese desdichado. . . . (*Todos le miran, y sus padres con mayor ternura indicando la alegria que les causa el hallazgo de su hijo.*) oid desde el fondo de su corazon, como agoviado de sus desventuras os habla por mi boca. . . . Pérfido pariente, no te basta haberme quitado los bienes y la exîstencia civil, haberme sepultado en el olvido, quitar el honor y la libertad á mi madre, sino que quieres tambien usurpar la vida de mi amado Padre? . . . . Qué te he hecho para que de este modo me odíes? Qué te ha hecho toda esta infeliz familia? . . . Temblad de la justicia del Cielo, y del Soberano: ella no está léjos: Tiembla, tiembla, oh desalmado! de sus justos rigores. . . Ahora lo que yo mismo te digo, y sean estas las últimas expresiones que oygas de mis labios: infame, detestable, hombre con acciones de fiera, des-

pojate de esas respetables insignias que te distinguen. La voz del pueblo oprimido por tus exterioridades, por tus injusticias; la voz de tu Rey te lo impone; sí, depon aquellas honradas insignias que has profanado, y aquel caracter y grado, que has envilecido. Otro mas digno, mas prudente, y sabio que tú, está elegido para ocuparle. Este (*por el Presidente.*) es tu sucesor. . . . Ruborizate, confundete de haberle perseguido: en el mismo tiempo que empleabas en su ruina, has fabricado la tuya. Preparate á dar cuenta de tu conducta y á ser castigado con todo el rigor de las leyes. Capitan, á vos os lo entrego: me respondereis de su persona.

El Senescal abrumado del peso de su delito, dice: Ah! . . Estoy perdido! (*se va entre la tropa.*)

Pres. Ah! . . . mi Soberano! . . . Esta recompensa tan generosa. . . . (*de rodillas.*) estos premios exceden. . . .

Rey. Callad y levantaos. . . Y vosotros iniquos corruptores (*á los Diputados.*) de la justicia. . . mas no quiero envilecerme con castigaros ni reprehenderos. Salid de aqui: os destierro de mis dominios para siempre; y ojalá pudiera echar de vuestros pérfidos y contaminados corazones tantas horribles y abominables culpas. (*se van el Mayor y Steing muy afligidos.*) Presidente, á vuestro cargo dexo substituir sus empleos en unos hombres de luces y providad conocida. . . Vuestros primeros pasos en la carrera del gobierno sean dignos de aquella alma noble que os engrandece. Amad al justo y proteged al oprimido, sed el amigo, y no el tirano de la humanidad: y vosotros esposos hasta aquí desgraciados, reunios: Yo os devuelvo vuestro legítimo hijo, (*le reciben y abrazan.*) vuestros bienes y empleos, y os concedo mi amistad. Amadme y vivid felices. Nobleza y plebe de Lemberg, yo os dexo; mas ántes de hacerlo os he querido dar una prueba de mi cariño accediendo á vuestros votos, y reparando vuestras necesidades. Sedme tan fieles, como mi amor lo es para todos, y no olvideis que en qualquiera circunstancia, uno de mis primeros cuidados y de todo buen Soberano, es el hacer dichosos y felices á sus vasallos.

Pres. Ah Señor!

Car. Principe justo y clemente. . . .

Emil. Generoso Monarca! . . .

Brin. Padre benigno. . .

Cond. La comitiva espera.

Rey. Amigos. . . Hijos mios. . . A Dios.

Se encamina por las rexas seguido de todos, el Presidente á la derecha, y le dá el brazo para entrar en el coche. Baron y Conde entran despues; otros cortesanos entran en otros coches, y todos los que quedan gritan Viva.

FIN.

CON LICENCIA:

En Valencia: En la Imprenta y Librería de Miguel Domingo, calle de Caballeros, número 48, donde se hallará con otras de diferentes títulos, y un surtido de 176 títulos de Saynetes por mayor, y á la menuda.